

*Plinio el Joven, libro ejemplar**

Agustín MILLARES CARLO
Catedrático de la Universidad de Madrid

Comentarios y notas
José Antonio MOREIRO GONZÁLEZ
Universidad Carlos III de Madrid

“Es un hecho innegable y de fácil comprobación, que el alzamiento en armas de una parte de los militares españoles y la guerra cruel que ha sido su consecuencia, no han interrumpido —dentro de los límites en que la continuidad podía ser factible— las actividades literarias, científicas y artísticas en la España leal. Ello fue posible porque desde septiembre de 1936, a los tres meses escasos de iniciada la lucha, el Gobierno de la República, convencido de que el asedio de Madrid iba imposibilitando el trabajo de investigadores y estudiosos, preparó para ellos en Valencia la llamada Casa de la Cultura, y los trasladó a la misma con sus familiares y útiles de trabajo, convirtiéndola más tarde en un verdadero centro de investigación científica.

En febrero de 1937, a los pocos meses de dicho traslado, vio la luz pública en la ciudad del Turia, el primer número de “Madrid”, revista magnífica, en la que se dan la mano los trabajos sobre ciencias exactas y de medicina, con los literarios, históricos y relativos a las artes plásticas: una revista en cuyas páginas las tareas de pura investigación alternan con las verdaderamente creadoras.

La Casa de la Cultura no concibió, sin embargo, su misión, como proyectada exclusiva y principalmente hacia el mero cultivo de las altas especulaciones, sino que se orientó en el mismo sentido que otros organismos, es decir, hacia la cultura del pueblo, de la masa popular, que con las armas en la mano está defendiendo su libertad, su derecho a una vida más justa y su independencia. Fruto de este modo de ver las cosas fue la creación de una Biblioteca de Clásicos españoles, de carácter radicalmente popular, por medio de la cual la Casa de la

* Publicado en *Hoy* (México, DF), 25 de febrero de 1939, p. 43.

Cultura aspiraba y aspira a difundir lo mejor de nuestra literatura entre una muchedumbre ávida de instruirse y de perfeccionarse espiritualmente.

Otras corporaciones científicas anteriores a la Guerra, tales como la Sociedad de Historia Natural y el glorioso Centro de Estudios Históricos de Madrid, con sus diversas secciones, siguen desarrollando, lo mismo en la capital que en Valencia, casi normalmente sus tareas. El Centro ha seguido publicando en plena lucha y venciendo toda suerte de dificultades, la Revista de Filología Española, con sus habituales colaboraciones extranjeras, la revista Emérita, consagrada al estudio de la antigüedad grecolatina, y el Archivo español de Arte y Arqueología, sin contar una edición crítica del tratado *De Virginitate Beatae Mariae*, de San Ildefonso, obra del sacerdote don Vicente Blanco García, y otros trabajos de investigación histórica, literaria y científica, que actualmente se imprimen en Madrid, Valencia y Barcelona.

Ya hemos visto de qué modo el Gobierno de la República aseguró y puso a cubierto, hasta donde fue posible, las vidas e instrumentos de trabajo de muchos hombres ilustres y representativos. E insistimos en la frase “hasta donde fue posible”, porque esta guerra sin precedentes nos tenía reservado, no sólo el espectáculo de una Universidad gloriosa en parte derruida por la metralla, sino el más doloroso todavía de un profesor venerable asesinado por la aviación facciosa en su propio gabinete de trabajo. ¿Para qué repetir lo que está en la memoria de todos? En la mañana del 17 de marzo de este mismo año —y yo fui testigo presencial de parte de la tragedia— varios aviones al servicio de la rebelión lanzaron su carga destructora sobre la Universidad de Barcelona, derribaron parte de sus dependencias, dejando a salvo, como por milagro, sus modernos seminarios, símbolo de nuevos tiempos y de renovados métodos de trabajo, entre ellos el de Literatura Catalana, presidido por el retrato del inolvidable maestro Rubió y Lluch. En las primeras horas de la tarde de ese mismo día caía para siempre en su propia casa el doctor don Luis Segalá, autor de una popularísima traducción de las obras homéricas y profesor de varias generaciones de helenistas. Segalá traía entre manos por entonces un diccionario griego-español, en parte impreso ya por una importante editorial barcelonesa. Junto a su cadáver, aquí y allá, entre los escombros, aparecieron, holladas y maltrechas, las papeletas que en aquellos momentos redactaba.

Señalemos también que con el advenimiento de la República un hálito renovador iba reanimando gradualmente nuestras viejas instituciones culturales, con evidente preocupación de los elementos retardatarios. En el terreno de la enseñanza superior, y prescindiendo de la Universidad de Barcelona, organizada autónomamente en su totalidad, recordemos el ejemplo de la de Madrid, autónoma solo en parte, profesores extranjeros, de los más eminentes, colaboraban con nosotros en esta labor renovadora. A mayores exigencias de los discentes, mayores esfuerzos por parte de los maestros. Estudiantes de

otras nacionalidades tenían a gala obtener en nuestras Facultades sus títulos profesionales. Surgían fuera del ámbito universitario, aunque en íntima conexión con él, entidades diversas que significaban a un mismo tiempo colaboración y estímulo. Así en Sevilla el Instituto de Estudios Americanos, obra de la República, organizaba cursos monográficos a cargo de destacados especialistas y discernía en grado de Doctor a profesores que ahora son ornato de bastantes centros de enseñanza superior en la América Española. La Escuela de Arabistas, fundada por don Francisco Codera, y dirigida hasta el mismo día de la rebelión, por el sabio sacerdote don Miguel Asín y Palacios, veía, con el nuevo régimen y merced a la fundación oficial del Centro de Estudios Árabes, asegurada económicamente su existencia y la de sus publicaciones, todo por obra y gracia del actual embajador en Washington y entonces Ministro de Educación Pública, don Fernando de los Ríos, persona, como es sabido, siempre atenta a cuidar de los intereses de la alta cultura de su país.

En otra ocasión trataré de cuanto en nuestra España ha ocurrido con los archivos y las bibliotecas, y entonces se verá, por modo irrefragable, cuál ha sido la lucha titánica del gobierno republicano y de sus colaboradores para salvaguardar inmensos tesoros diplomáticos y bibliográficos, parte principalísima de nuestro patrimonio espiritual.

Pero ya es tiempo de que lleguemos al objeto primordial de estas líneas. Uno de los últimos correos nos ha traído un ejemplar del libro primero del “Epistolario” de Plinio “el joven”, con notas y comentarios, admirablemente impreso y con el siguiente colofón, que se comenta por sí solo: “Este libro terminó de imprimirse en Madrid, en la imprenta de Rivadeneyra, el día 31 de mayo de 1938”.

Conocí al autor de este trabajo, el presbítero don Vicente Blanco García, con anterioridad mencionado, hace próximamente unos cinco años. Terminaba él por entonces su licenciatura en la Facultad de Letras y concurría entre otras clases a las de latín y paleografía que explicaba yo en aquel inolvidable pabellón de la Ciudad Universitaria. Al finalizar sus estudios lo propuse para ayudante de mis enseñanzas y desde entonces se estableció entre ambos una amistad entrañable. En nuestras largos y frecuentes paseos por el Parque de la Moncloa pude penetrar hasta el fondo de aquel espíritu tímido, profundamente religioso y de una comprensión infinita, de una caridad inagotable, liberal y generoso. Los muchachos de la Facultad adoraban en él, y cuando la rebelión sobrevino no me maravilló su visita para expresar por mi mediación a las autoridades universitarias su inquebrantable adhesión a la causa del Gobierno republicano.

Durante el último curso que en nuestra Facultad se celebró tradujimos y contamos, manejando, por supuesto, ediciones extranjeras, el texto, tan sugestivo por diversos conceptos, de las Cartas de Plinio, y quedamos de acuerdo en la necesidad de que se emprendiese una edición de cuño español y con notas

hispanas, primer esfuerzo de un incipiente Renacimiento de nuestros estudios clásicos.

Estalló la guerra súbitamente y continué viéndole. ¡Cuántas tardes en las salas del Archivo Municipal de Madrid, en la Plaza Mayor, le vi abstraído en la corrección de las pruebas de su obra sobre San Ildefonso, con tanto aplauso acogida por los especialistas! Más tarde, en Valencia, le sorprendí en su mesa de trabajo del quinto piso del Ministerio de Instrucción Pública, revolviendo libros y compulsando diccionarios. Entonces me recordó nuestra conversación de la Moncloa y me confesó que se había decidido a echar sobre sus hombros la tarea de editar con notas españolas las famosos cartas plinianas. Y tarde y mañana, sin que le faltase tiempo para defender la causa, siempre que la ocasión se presentaba, de las pérfidas agresiones de los emboscados, ni para visitar los hospitales, veíasele consagrado a la ruda tarea, más admirable aún si se piensa en los bombardeos, siempre al acecho, y en los escasos medios científicos de que disponía.

El mismo se trasladó más de una vez a la capital de España, y, provisto del indispensable salvoconducto, se adentraba impertérrito por la zona de guerra para advertir a los tipógrafos alguna adición importante o para ponerles sobre aviso con respecto a alguna errata deslizada con reiteración. Por fin ha visto coronados por el éxito sus esfuerzos, con la ayuda generosa de la Junta para Ampliación de Estudios, la cual, como es sabido, es una entidad que depende absolutamente del Ministerio de Instrucción Pública. Y al recibir ahora su libro, me siento penetrado de una emoción que me reconozco impotente para transmitir a mis lectores. Quédese para otra ocasión y para lugar más adecuado la crítica científica de esas páginas. Mi propósito solamente es llamar la atención acerca del autor de este jugoso comentario de un texto clásico, y sobre el hecho de que en Valencia y Madrid, en estos graves momentos, se haya podido elaborar y publicar, con la protección y apoyo moral y económico de un Gobierno tan acuciado por problemas de tremenda gravedad, el texto comentado de un escritor latino. Los que, día tras día, hablan de la barbarie roja, pensarán lo que quieran; yo, por mi parte, considero este hecho como verdaderamente admirable y, sobre todo, ejemplar. El propio autor, enfermo, me escribía hace poco al darme cuenta de sus actividades, estas palabras conmovedoras: “Le envió ese libro que he publicado para ser útil a la causa”. ¡Admirable frase! Unos, en efecto, defienden la patria pisoteada por los invasores, con las armas en la mano; otros, fabricando armamentos y atendiendo otros a los complejos problemas de la retaguardia. Este sacerdote, verdaderamente humilde, cumple su misión dando a las prensas un libro, que por significar lo que significa, reduce a la nada gran parte de una propaganda que no merece ser calificada aquí”.

* * * * *

Uno de los objetivos perseguidos, desde su fundación hace más de dos décadas, por el Seminario “Millares Carlo” de la UNED grancanaria ha sido dar a conocer aquellas obras de su mentor desconocidas o de limitada difusión en España por haberse publicado en el exilio, principalmente cuando fueron en México, por la doble razón del mayor alejamiento temporal y de las dificultades de comunicación existentes entonces entre aquel país y España, que vivían oficialmente de espaldas. En esta ocasión hemos accedido a un texto breve, cuya existencia desconocíamos hasta el pasado verano, pero que es de gran interés para conocer el estado humano e ideológico de don Agustín pocos meses después de su llegada a México.

Agustín Millares Carlo formó parte de la oleada migratoria de tan alto valor cualitativo que llegó a México como consecuencia de la Guerra Civil española, como individuo destacado en medio del grupo masivo de los académicos, artistas, intelectuales más significativos de la vida española de los primeros cuatro decenios del siglo XX. Millares había llegado a México a finales de 1938 en calidad de vicecónsul y se sentía motivado y obligado a difundir, como antes había hecho en Francia, la ciencia y la cultura de la República española.

La reseña que reeditamos aquí apareció en la Sección Libros y Autores del diario Hoy, y sirvió en su día para que Millares valorase públicamente la actividad cultural de la II República española, a la vez que reviviese nostálgicamente, cuando apenas estaba recién llegado en México, los recuerdos personales sobre el autor de la obra reseñada, Vicente Blanco García, alumno de Millares y comentarista y traductor de las Cartas de Plinio, auténtico objetivo de estas páginas¹.

La crítica contra los sublevados y el horror de la guerra sigue la línea iniciada por el manifiesto colectivo en el que participó Millares y que se publicó en El Liberal, el primero de noviembre de 1936. También iba firmado por José Gaos, José Sánchez Covisa, Ramón Menéndez Pidal, Enrique Moles y Jorge F. Tello, bajo el título de “Escritores y hombres de ciencia protestan ante la conciencia del mundo contra la barbarie fascista”. Y que se proponía publicar el cuidado de los proyectos y obras conseguidas por los gobiernos republicanos, frente a la acusación de barbarie proveniente del bando antagónico.

Aprovecha Millares la ocasión para hacer memoria de muchas de las actividades culturales que impulsó la república, en especial cuando se sintió amenazada por la sublevación militar. Millares se entretuvo de manera especial en

¹ En la Biblioteca Nacional existe un ejemplar de una reimpresión posterior: Plinio Cecilio Segundo, Cayo.: *Cartas. Plinio el Joven*. Texto y comentario de Vicente Blanco García. Madrid: Silverio Aguirre, 1941. Ese año aparecía la colección epistolar completa: Plinio Cecilio Segundo, Cayo.: *Cartas: libro segundo. Plinio el Joven*. Texto y comentario de Vicente Blanco García. Madrid: Silverio Aguirre, 1941 (Clásicos Emérita, II). Nos consta una segunda edición: Plinio Cecilio Segundo, Cayo.: *Cartas. Plinio el Joven*. Texto y comentarios por Vicente Blanco García. Madrid: Instituto Antonio de Nebrija, 1950.

describir lo que sentía más próximo, como la aventura seguida por la Sociedad de Historia Natural y el Centro de Estudios Históricos cuando desde Madrid ambos fueron trasladados a Valencia, o la Casa de la Cultura que ya nació en esa ciudad, y que publicaba el periódico Madrid, y uno de cuyos objetivos estribó en potenciar la Biblioteca de Clásicos españoles, actividades y centros todos ellos con los que relaciona los comentarios sobre la pérdida brutal del profesor Lluís Segalá², y que le sirven de contexto en el que situar la figura del autor comentado y el valor académico y social de la obra analizada. Millares adopta una postura moderna y progresista respecto a la actividad política de los gobiernos en relación con la cultura, comprendiendo en esta, en planteamiento simultáneo, tanto la destinada a las instituciones superiores de investigación y docencia, con apreciaciones que alcanzan incluso a la autonomía universitaria, como aquella destinada a fomentar el compromiso social de los gobernantes con las capas populares, entre las que cita la política de bibliotecas y por ello de lectura, o las campañas de teatro. Aborda su discurso desde la vivencia personal desgarradora del exilio y de la pérdida de sus bienes espirituales y materiales en España a causa del enfrentamiento militar. Es en fin, un buen ejercicio de amor propio por la causa republicana y de justificación de cuanto se hizo con libertad y seriedad académicas.

² Luis Segalá i Estalella (Barcelona, 1873), catedrático de la Universidad de Barcelona y que pertenecía, como Millares, a la Real Academia de las Buenas Letras. Fue también Director de la Biblioteca de Clásicos Griegos y Latinos. Realizó traducciones de varios autores grecolatinos, pero son conocidas de manera especial las que hizo de la obra de Homero y Hesiodo, que han conocido múltiples ediciones a lo largo del siglo XX. Ya en la primera década del siglo pasado vio aparecer *La Iliada*. En versión suya directa y literal del griego Barcelona: Montaner y Simón, 1908, con ilustraciones de Flaxman y Church, mientras que *La Odisea* aparecía con las mismas condiciones y con ilustraciones de Flaxman y de Wall Paget en 1910. Su versión de las *Obras completas* de Homero es de Barcelona: Montaner y Simón, 1927. Es célebre su Gramática del dialecto *Eólico*. Barcelona: [s.n.], 1897 (Litografía Bonal).